

LA INMIGRACION EN LOS ESTADOS UNIDOS.

Hoy que, como ayer y como toda la vida, vuelven los traficantes de carne humana a lamentar la próxima ruina de Cuba ó de su riqueza agrícola, que es lo mismo, trefextando falta de brazos, por ver si logran, ya que no la trata de bozales, "para cristianarlos," ni la continuación de la actual vergonzosa esclavitud, disfrazada con el apodo de patronato, reorganizar el gran negocio que hicieron desde los años 50 infestando la Isla de Cuba con hijos del celeste Imperio á quienes contrataban por ocho años--que nunca terminaron para muchos--porque eran traspasados en venta y á quienes les ofrecían cuatro duros al mes y les daban ningun pan y muchos palos; hoy que se quiere por los conservadores continuar adulterando nuestra raza, con una inmigración de chinos, solos y sin mujeres, como si esa fuera la inmigración que Cuba necesita, y sin reparar que el malestar político y social que allí mantienen esos mismos conservadores, es, precisamente, la causa principal de que no afluya á Cuba espontáneamente la inmigración blanca, con familias, de nuestra raza, que es, y no otra, la que debe atraerse, llamamos la atención de nuestros lectores hácia el siguiente fragmento de una carta galanamente escrita, que desde Nueva York nos dirigen:

"No volverán, sino que harán casa en las entrañas de los bosques, ó arrancarán una fortuna al seno de las minas, ó morirán en la labor, esos cuatrocientos cuarenta mil inmigrantes que Europa, más sobrada de hijos que de beneficios, ha enviado este año á las tierras de América.

Manadas, no grupos de pasajeros, parecen cuando llegan. Son el ejército de la paza. Tienen derecho á la vida. Su pié es ancho, y necesitan tierra grande. En su pueblo cae nieve, y no tienen con qué comprar pan ni vino. El hombre ama la libertad, aunque no sepa que la ama, y viene empujado de ella, y huyendo de donde no la hay cuando aquí viene.

Esa estatua gigantesca que la República francesa da en prenda de

amistad á la República americana, no debiera, con la antorcha colosal en su mano levantada, alumbrar á los hombres, sino mirar de frente a Europa, con los brazos abiertos.

Hé aquí el secreto de la prosperidad de los Estados Unidos: han abierto los brazos. Luchan los hombres por pan y por derecho, que es otro género de pan, y aquí hallan uno y otro, y ya no luchan. No bien abunda el trigo en los graneros, ó el goce de sí propio halaga al hombre, la inmigración afloja ó cesa; más cuando los brazos robustos se fatigan de no hallar empleos--que nada fatiga tanto como el reposo,--ó cuando la avaricia ó el ~~ávido~~ miedo de los grandes trastorna á los pueblos, la inmigración, como marea creciente, hincha sus olas en Europa y las envía á América.

Y hay razas avarientas, que son las del Norte, cuya hambre formidable necesita pueblos vírgenes.

Y hay razas fieles que son las del Sur, cuyos hijos no hallan que caliente más sol que el sol patrio, ni anhelan más riqueza que la naranja de oro y la azucena blanca que se cria en el jardín de sus abuelos, y quieren más su choza en su terruño que palacio ~~ajeno~~ en tierra ajena.

De los pueblos del Norte vienen á los Estados Unidos ejércitos de trabajadores: ni su instinto los invita á no mudar de suelo, ni el propio les ofrece campo ni paz bastantes.

Ciento noventa mil alemanes han venido este año á América: ¿qué han de hacer en Alemania, dónde es/^{el} porvenir del hombre pobre ser pedestal de fusil, y coraza del dueño del imperio? Y prefieren ser soldados de sí mismos, á serlos del Emperador.

De Irlanda, como los irlandeses esperan ahora tener patria, han venido este año ménos inmigrantes que en los anteriores. La especie humana ama el sacrificio glorioso: jamás la libertad perderá el suyo:--de las islas

inglesas sólo han buscado hogar americano este año, ciento quince mil viajeros.

Francia, que enamora á sus hijos, no ha perdido de éstos más que cuatro mil, que son en su mayor parte artesanos de pueblo, que no osan rivalizar con los de la ciudad, ni gustan de quedarse en las aldeas, y vienen, movidos de espíritu inquieto de los francos, á luchar con rivales que juzgan ménos temibles que los propios.

Italia, cuyas grandes amarguras no le han dejado tiempo para enseñar á sus campesinos el buen trabajo rudo, ha acrecido con trece mil de sus peregrinos y labriegos la población americana.

Suiza, que no tiene en su comarca breve, fama que dar á sus vivaces y honrados hijos, no han mandado menos de once mil á estas playas nuevas.

De Escandinavia á cuyas doncellas de cabellos rojos no tienen los desconsolados nativos las riquezas de la tierra que ofrecer, porque es su tierra tan pobre como hermosa, llegaron a Nueva-York ~~cinco~~ cincuenta mil hombres fornidos, laboriosos y honrados.

Nueve mil llegaron de la misera Bohemia, más en fuga del trabajo que en su busca; y nueve mil de Rusia, de cuyas ciudades huyen los hebreos azotados y acorralados.

Y los áridos pueblos de la entrada del Báltico han enviado á esta comarca de bosques opulentos diez y seis mil neerlandeses.

!Y como vienen, hacinados en esos vapores criminales! No los llaman por nombres sinó los cuentan por cabezas, como a los brutos en los Llanos. A un lado y otro del lóbrego vientre de los buques, se alzan jaulas de hierro construídas en camadas superpuestas, subdivididas en lechos nauseabundos, á los que suben por una escalerilla vertical, entre cantares obscenos y voces de ébrio, la misera mujer cubierta de hijos que viene á América tra-

ida de hambre, ó de amor al esposo que no ha vuelto. Les dan á comer manjares fétidos. Les dan á beber agua mal oliente. Como á riqueza á que no tienen derecho, los sacan en majadas á respirar algunos instantes sobre la cubierta del buque el aire fresco. No se concibe cómo reclusión semejante no los mueve á crimen! ¿Dónde está la piedad, que no está donde padecen desgraciados?

Y ellos llegan contentos como los hebreos que acompañaban a Moisés, Vienen á la tierra de los gigantescos racimos de uva. Vienen á los rios que arrastran oro, y á las selvas que no se secan. Los unos empuñan la hoz, y se van en cuadrillas por los campos, á hacer trabajos de labriego. Hácense los italianos de unas cuantas naranjas y limones y pastas de azúcar, y alzan en un rincón de Nueva-York una frágil barraca. Los alemanes son hombres de ciencia y de comercio. No hay relojeros como los suizos. Ni gente más honesta que las belgas. No hay trabajo recio y mezquino que no hagan con buena voluntad los hombres de Irlanda, ni sirvienta que no sea irlandesa. Ni hay modo de ir por las calles sin dar con esos hombres de rostro áspero y huesoso, nariz corta y empinada; ojos malignos y breves, maxilares gruesos, labios Belfúdos y afeitados, y barbilla ruin que les cerca, como un halo, el rostro: son inmigrantes de Irlanda. Llenan las minas de california, llenan las fábricas de Nueva-York. Ellos elaboran la cerveza, y ellos la beben. De su tenacidad é industria aprovechan los yankees, que los mofan, y en verdad no hay fiesta que sea más de reír que un día de San Patricio, patrón de Irlanda, en que enfilan en las calles de Nueva York los irlandeses, que andan ese día la ciudad en procesión copiosas acicalados con las mejores prendas de su baúl de lujo, que son sombreros altos de olvidadas modas, ó levitas que van diciendo en sus indómitas arrugas el excesivo ciudadano con que las ven sus dueños, que ostentan en ese día los colores patrios, en una banda verde, que les cruza sobre el chaleco de grandes ramazones el orgulloso pe-

cho. Y en prestados corceles hacen de generales, con sombreros plumados, nofletudos cervecedores.

Más es también verdad que cuando yacen en la cárcel de Kilmainham, en la oprimida Irlanda, los bravos caudillos que intenta arrebatarse a los verdaderos propietarios ingleses las tierras de cuyo señorío culpablemente abusan, para que las gocen en su precio justo, los infelices nativos, estos Patriotas y estos Jaimes no vuelven los ojos de su viejo pueblo en desventura y apartan de sus haberes y salarios grandes sumas que ayudan á mantener viva en Irlanda la sábia rebelión pacífica que organizaron los caudillos presos.

! Suelen los hombres tener ^{manos} rudas y espíritus blandos!.

Yo estrecho con gozo toda mano callosa.

JOSE MARTI.

Revista de las Antillas, Madrid

Dir: Fco de Cepeda

Sep 8, 1882.